1
233434

La Novela de Noche

1 pta.



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Alvaro Retana

EL VENENO DE MAYO

1
233434

47/1504203

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de mayo de 1924. Núm. 4.

EL VENENO DE LA AVENTURA

POR

ALVARO RETANA

Ilustraciones de JOSÉ GUILLÉN DE VILLENA

UNA PESETA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1924

R 3221830

A MANERA DE PRÓLOGO

Confidencias indiscretas.

Yo siento por Artemio Precioso una sincera admiración y un verdadero afecto. Bajo su aspecto apacible—capaz, no obstante, si se tercia, de meterle a cualquiera cuatro tiros en la barriga—se descubre un alma romántica y un espíritu generoso en todo reñido con su cualidad de editor.

El fundó La Novela de Hoy *cuando* La Novela Corta *y la* Semanal *estaban en plena apoteosis económica y artística, y señalaban caprichosamente prestigios, imponiendo al público escritores y dibujantes, manteniéndonos a algunos artistas a honesta distancia de la circulación.*

No era la fundación de La Novela de Hoy, *en semejantes condiciones, la empresa más indicada para alcanzar el triunfo, y, sin embargo, Artemio lo obtuvo porque su perspicacia le señaló certeramente las firmas más*

interesantes para el público de la actual literatura, y como una consecuencia concibió la genial idea de exclusivarlas, sin detenerse a examinar orientaciones ni matices.

Yo recibí en mi casa un día la visita de este hombre gordo, sentimental y generoso, un tanto brusco de expresión, pero noble en todos sus actos, cumplidor de sus compromisos, y se captó inmediatamente mi atención porque advertí el valor de sus iniciativas, la confianza en sí mismo y la lealtad de sus procedimientos.

Artemio era un hombre a la moderna: sagaz, activo y, sobre todo, con ideas propias, sin esa versatilidad característica de los editores que están casi siempre a merced del autor mimado por el éxito. Para él no existen jerarquías entre los favoritos de la celebridad, y por eso Artemio solicitó mi exclusiva para su publicación, a pesar de que mi género no puede estar más desacorde con el de Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Alberto Insúa, Pérez de Ayala y otros sancionados prestigios que iban a ser mis compañeros, no por los méritos, puesto que yo—sinceramente—me creo mejor que todos ellos juntos, sino por el detallito de la exclusiva.

Yo, novelista ambiguo, cultivador sin hipocresías de la literatura galante en su matiz más avanzado, símbolo espontáneo y contumaz de la sensualidad extraviada, alternaría con una docena de escritores admirables y admirados, todos con categoría de honorables y dignos de ser puestos en parangón con el mismísimo Bayardo o con el auténtico caballero Ojo de Buey.

Esto me demostró cumplidamente la clara inteligencia y la amplitud de criterio de Artemio Precioso. ¡Qué prueba de tolerancia y qué ganas de complacer al público daba componiendo una lista de colaboradores fijos cuyas tendencias literarias no podían estar más divorciadas! Después de Luis Araquistain, Joaquín Belda, y tras Pérez de Ayala, Alvarito Retana. El Caballero Audaz *alternando con Fernández Flórez, y Vidal y Planas detrás de Hoyos.*

Y fuerte contra toda presión, terco y justo, Artemio Precioso contrató lo que debía contratar y puso a cada autor en el puesto que se merecía, sin importarle un bledo los comentarios y consejos de los distinguidos envidiosos que se habían quedado fuera de la lista de autores exclusivos.

Yo fuí tratado en los prólogos como deseaba, y me despaché a mi gusto imaginando amenas excentricidades que fueron acogidas amablemente por el sagaz Artemio, seguro de que aquellas pintorescas atrocidades sin otra trascendencia que la puramente literaria, conquistarían para mi firma un público numeroso e idólatra.

Lo reconozco en la Tierra, y no tendría inconveniente en repetirlo en el Infierno; si yo soy conocido del Gran Público se lo debo exclusivamente a La Novela de Hoy *y a Precioso. Es posible que haya autores vanos que piensen que ellos popularizaron esta publicación. Yo, en cambio, afirmo lealmente que es ella quien me ha popularizado a mí. Aquí no vamos a engañarnos. Hay un gran número de aficionados a leer que no pueden comprar los libros de cinco pesetas de las firmas de moda y que se* beben *nuestras producciones cuando las pueden adquirir a treinta céntimos. El éxito de Artemio ha sido prescindir de los* aburridos, *concediendo la importancia que tenemos a los* amenos, *sin distinción de géneros, y servir por un precio incomprensible creaciones interesantísimas de los autores caros.*

Ahora que Artemio emprende una nueva empresa editorial lanzando La Novela de Noche, *yo, al augurarle un triunfo tan rotundo como el obtenido con* La Novela de Hoy, *aprovecho esta ocasión para felicitarle, para desearle la victoria que tan legítimamente merece y para expresarle con leal orgullo mi agradecimiento por lo mucho que le debo.*

Cierto que yo he puesto en todo cuanto hice para La Novela de Hoy *mis cuatro sentidos, y que he sabido contenerme en mi perversa tendencia a colocarle un refrito; pero de todas formas, mis buenos deseos de agradar al público se hubieran malogrado si él no me hubiese prestado facilidades, doblemente admirables por cultivar Artemio un matiz literario que está muy cerca del mío.*

Porque aquí hay que decirlo todo. Los novelistas de parecido género se odian furiosamente, con un odio enconado, que los pondría amarillos si no fuera porque ya los tiene negros, *y entre sí se maldicen mentalmente, como si el éxito de unos sólo dependiera del aniquilamiento de los otros.*

Artemio Precioso, que, como novelista, es un feliz cultivador del erotismo—un erotismo fuerte, original, lleno de encanto inespera-

do—y que ha sabido destacarse con personalidad inconfundible, atrayéndose un núcleo importantísimo de lectores, lejos de tener esos celillos naturales de escritor halagado por el público, ha puesto de su parte siempre toda su buena voluntad para que yo alcanzara esta victoria, que ahora le dedico con total agradecimiento.

Y ahora a otra cosa.

*
* *

Aun a trueque de parecer pesado, hipócrita o burlón, necesito repetir, una vez más, que NO COMPARTO, NI SIQUIERA SIMPATIZO, CON NINGUNA DE LAS IDEAS SUSTENTADAS POR LOS PERSONAJES DE MIS NOVELAS. YO SOY UN PINTOR DE AMBIENTES QUE PROCURA DESCRIBIR EXACTAMENTE CUANTO JUZGA INTERESANTE PARA EL PUBLICO; PERO NO LE RECONOZCO A NADIE EL DERECHO A PENSAR QUE YO DISCULPO CUANTO PASA EN LAS PAGINAS DE MIS OBRAS. *Tan absur-*

do sería creer que soy un borrachín porque he descrito orgías, como que me dedico al robo porque preparo una novela de ladrones. Como sería injusto suponerme virtuoso, a pesar de que tengo novelas en que exalto la virtud. No; yo soy una cosa aparte de mis libros, y por esto lo repito con frecuencia, para impedir falsas interpretaciones.

Esto no es hipocresía. Por fortuna, tengo ya lo suficiente para permitirme la genialidad de ponerme al mundo por montera, como ya han hecho otros ilustres artistas, de cuyo nombre no hay para qué acordarse; pero no voy a exteriorizar una perversidad que en el fondo no siento. No es que yo pretenda cimentarme una reputación de santo. Esto me desacreditaría. Ahora, que me conviene hacer constar que no soy como NINGUNO *de los personajes de mis novelas. Yo soy un reportero de la vida que hace informaciones sensacionales para el público, sin que por esto haya derecho a pensar que esté relacionado con el suceso. Nadie acusaría a los periodistas que han escarbado en el fango que enturbió la existencia de Sánchez Navarrete, el tristemente célebre coautor del crimen del expreso de Sevilla, de ser iguales que él por el hecho*

de haber enterado al público de su terrible historia.

Esto lo digo porque adivino los comentarios que va a despertar EL VENENO DE LA AVENTURA, *novela que describe las intimidades de personas que viven al margen de la moral al uso, y cuyos secretos he descubierto a fuerza de paciencia y de peligros.*

Como un doctor en su laboratorio estudia en los conejos de Indias los más enrevesados problemas vitales, yo he estudiado en las almas de los más grandes pervertidos complicaciones psicológicas y si se quiere patológicas, dignas de ser expuestas a la voracidad de los lectores con una finalidad muy moral: para que los viciosos se avergüencen de sí mismos y los puros no los imiten.

Además, indiscutiblemente lo morboso tiene un público numeroso e incondicional. La sociedad, que con la civilización ha perdido el derecho a escandalizarse por nada, podrá no compartir ni sustentar determinados extravíos; pero se interesa por ellos y exige una literatura que viene a ser como la carne que se echa a las fieras.

A pesar de las lamentaciones grotescas de cuatro apóstoles de la moralidad, de otros

cuatro novelistas viejos y fracasados en el matiz galante y de cinco o seis principiantes sin talento que, en nombre de una varonilidad pour la galerie, *claman estérilmente contra un género que en el extranjero está a la orden del día y que en España solamente yo he implantado, el Gran Público demanda novelerías decadentes y descripción de ambientes y costumbres que quizás sean el veneno de la civilización, pero que, desgraciadamente, existen y merecen la atención literaria del novelista que aspire a analizar los orígenes del vicio para combatirlo.*

Para satisfacer a ese público curioso de emociones malsanas, y poner de relieve las miserias morales de todos los que se hallan en pecado mortal, he compuesto novelas como EL VENENO DE LA AVENTURA, *sin otro propósito que el de reflejar algunos matices de la vida española en la época por que atravesamos.*

Yo sabía perfectamente que, al acometer esta empresa, al escribir en español lo que escriben en francés Sidney Place, Willy, Lorrain y otros ilustres novelistas, hipotecaba mi reputación de hombre. Sabía que al revolucionar la ética del erotismo, gran par-

te de público tendría cierto derecho a formar un concepto equivocado de mí; pero midiendo los perjuicios y pesando las ventajas, comprendí que ganaría en el negocio—para mí la literatura es un negocio como otro cualquiera—, y me arriesgué a abdicar de mis últimos pudores para arrancar a la vida sus más terribles secretos, persuadido de que, por muy mal que me juzguen mis enemigos, no por eso dejaré de ganar doce mil duros anuales con mis trabajos y seguiré disfrutando las adorables mujercitas que amenizan mi existencia.

He descendido de la torre de mi intachabilidad para asistir durante algunas horas a sugestivos y abominables espectáculos locos; he tenido mis noches del sábado, y he volado a los aquelarres, si no cabalgando en una escoba, escondido en un modesto taxi; *he dejado a mi fantasía correr en busca de emociones, a estudiar perversidades, y me he documentado en ellas para servirlas al público* vivitas y coleando. *Los espíritus fuertes sabrán leerme serenos, y los débiles aprenderán a fortalecerse.*

Soy el médico de todos aquellos que se encuentran en Pecado Mortal, y no tengo otros

medios para curar sus extravíos—tan sólo interesantes para mí desde el punto de vista literario—que exponerlos a la luz del sol para que la execración general obligue a los atacados a proceder irreprochablemente.

Creo que esto es tan razonable y tan comprensible que no necesitaré insistir más sobre el particular y que las personas sensatas o que deseen pasar por tales comprenderán este afán mío de afirmar siempre que es pertinente QUE NO COMPARTO, NI SIQUIERA SIMPATIZO, CON LAS IDEAS SUSTENTADAS POR NINGUNO DE LOS PERSONAJES DE MIS NOVELAS.

***

Y ahora, pasemos a la parte pintoresca, elemento indispensable en los prólogos de mis obras.

Una de las satisfacciones más vibrantes de mi existencia artística me la ha procurado recientemente la Casa Luis Hidalgo, de Sanlúcar de Barrameda.

Como todos saben, Luis Hidalgo es el aristocrático productor del famoso coñac

"Tres Brillantes", la no menos célebre manzanilla extra "La Dogaresa", el amontillado fino "El 44" y otras creaciones que hubiesen entusiasmado al auténtico Noé o al mismísimo dios Baco.

No ya en España, sino en el extranjero, la Casa Luis Hidalgo, de Sanlúcar de Barrameda, disfruta de un prestigio formidable, y sus productos, sancionados por el éxito, son tan solicitados como los de las "Bodegas Bilbaínas", los vinos del Marqués de Mudela, del Riscal, del Mérito y otros pocos que honran nuestra nación.

Pues bien: la Casa Luis Hidalgo, después de haber lanzado el amontillado "Marcial Lalanda", me ha sorprendido gratamente bautizando con mi nombre a un nuevo coñac, que es el más exquisito refinamiento que puede ofrecerse a los buenos paladares.

Yo, que nunca me he embriagado sino de Amor y Gloria, el día que me trajeron la primera botella del coñac de mi nombre me creí en la obligación de pillar una cogorza extraordinaria y única, para significar mi natural alegría.

A mis gentiles amiguitas, a mis amables admiradores, me permito rogarles que prueben el coñac "Alvaro Retana", si quieren saborear la esencia de lo perfecto. Ni el Domecq, ni el Fundador, ni el Terry, ni ninguno puede competir con el que lleva mi augusto nombre, y yo cometería una imperdonable desatención si no contribuyera en la medida de mis fuerzas a divulgar los altos méritos de los productos de la Casa Luis Hidalgo, de Sanlúcar de Barrameda, que tan galante y espontáneamente me ha homenajeado.

Yo no recomendaría a nadie que pillase una papalina con coñac "Alvaro Retana"; pero sí agradecería que se echasen al coleto una copita a mi salud. Sería la mejor manera que tendrían de expresarme su adhesión mis amigas y admiradores.

*
**

Y no quiero acabar este prólogo sin hacer una advertencia muy siglo XXI *a ese público que me mima y agasaja.*

Existe gran número de personas que frecuentemente me remiten a casa fruslerías y obsequios, a veces de valor, pero también a veces perfectamente inútiles.

María Conesa, la renombrada estrella del cuplé, me ha enviado recientemente una sortija de oro cincelado, con una amatista enorme, y un gran plato mexicano, pintado por los indios, que decora mi comedor; Ricardo Quince, de Carcagente, un cajón, portador de varios centenares de naranjas; un joyero de Barcelona, una pulsera de platino y perlas; Aurelio Alonso, de Melilla, unas babuchas y una caja de perfumes; Lina Mora, de París, unos tapices; La Esmeralda y La Trianera, *de Tánger, una cafetera rusa y maderas olorosas para quemar; Dionisio Arriola, de Guernica, un gran cajón de dulces, y una admiradora, de Valencia, varias docenas de rosales para mi finca de Torrejón.*

Yo agradezco mucho todos estos envíos y lo reconozco oficialmente, para satisfacción de los remitentes; pero voy a pedir a todos esos que piensen imitar tan laudables ejemplos que no me regalen joyas ni útiles caseros. Yo sólo quiero juguetes, golosinas y perfumes.

Si alguna caprichosa admiradora o algún genial lector quiere hacerme feliz, que me manden un ferrocarril en miniatura, de estos

que andan por alcohol sobre una complicada red de vías y que atraviesan puentes y estaciones. En los Almacenes Rodríguez, de la Gran Vía, he visto unos trenes ideales, que me divertirían más que una sortija de platino.

Yo le prometo a quien me envíe un ferrocarril de éstos—pero que funcione perfectamente, ¿eh?—una colección de mis obras completas y hacer grabar en letras de oro el nombre de la generosa o generoso donante.

Y dicho esto, espero.

ALVARO RETANA.

Madrid. Manuel Silvela, 10.

Mayo de 1924.

COMENTARIOS PINTORESCOS SOBRE

ALVARO RETANA

¿Dónde habrá aprendido este angelito tantísimas diabluras?

Jacinto Benavente.

Alvaro Retana es un temperamento oriental plástico y febril, con el ritmo vigoroso de Occidente.

Luis Astrana Marín.

Después de mí, es el mejor de todos.

Vicente Blasco Ibáñez.

Alvaro Retana es el único novelista español que se ha anticipado a su siglo.

Anatole France.

Me inspiran una gran curiosidad las obras de este artista. *Pío XI.*

La literatura de Alvaro Retana es, como el gramófono, el aeroplano, la telegrafía sin hilos, el submarino, la más viva palpitación del siglo XX. *Edison.*

Alvaro Retana es el Petronio del siglo XX.

Julio Cejador.

A este chico habría que llevarlo a la Academia.

Antonio Maura.

Alvarito Retana está como para comérselo.

Chelito.

No conozco en España muchos escritores que valgan lo que Alvaro. En su género, desde luego, es único.

Wenceslao Fernández-Flórez.

No se puede negar que tiene mucha gracia.

Bergamín.

Yo me enamoré de Alvaro Retana como artista y le concedí los honores de mi desnudez. Pero pagué bien caro mi capricho. ¡Porque se me desprendió un riñón!

Francesca Bertini.

Alvaro Retana es el novelista español de más porvenir mundial.

Gabriel d'Annunzio.

Si este chico no fuera un ángel, podría pasar por hijo mío.

Satanás.

EL VENENO DE LA AVENTURA

A mi lejano y estimado
amigo Luis Crespo.
Con un cordial abrazo,
ALVARO.

I

—¡Guadalupe, no me calientes, que te atizo!

—¡Tú qué vas a atizar, si eres un blanco!

—¡Guadalupe, que te sacudo!

—¿Tú a mí? ¡Bocón! ¡Que te crees tú eso!

Y terminó el diálogo. Pero empezó una acción que hizo temer a los vecinos de la casa por la seguridad del edificio.

Primero sonaron dos bofetadas como dos cañonazos y después unos alaridos desgarradores, mezclados con exclamaciones que ofendían a la Corte celestial, y como si aquello

hubiera sido el modo más cancilleresco de romper las hostilidades, oyóse el ruido de dos cuerpos acometiéndose con furibundo ardor y un estrépito de muebles, platos y botellas estrellándose en el suelo.

Los golpes y los gritos, amenizados con carreras por la estancia, sucedíanse con una grandiosidad que infundía pavor, haciendo oscilar la lámpara y los cuadros; pero al cabo de un cuarto de hora de accidentada contienda, cuando el comedor quedó transformado en una reproducción de las regiones devastadas de Monte-Arruit, cesó todo ardor bélico, todo alarmante ruido y escuchóse únicamente el suspiro entrecortado y tranquilizador de ambas partes beligerantes, que firmaban sobre la alfombra el armisticio en una estrecha y expresiva unión.

—¡Nene, chulón, me estás matando!

—¡Vida, me vuelves loco!

—¡Si no fueses tan fiera!

—¡Pero si tú tienes la culpa, Guadalupe!

—¡Júrame que, a pesar de todo, me quieres más que a nadie!

—¡Mujer!, ¿no lo estás viendo?

—¡Ay! ¡Qué dichosa soy!

Para Guadalupe Montoya el camino de la vida había sido una marcha triunfal, donde sólo faltó el fragor de las trompetas. Desde los quince abriles estaba familiarizada con la felicidad, pues la Naturaleza habíase complacido regalándola con los atractivos de una belleza apetitosa y una envolvente simpatía: Guadalupe, nacida en Córdoba, al pasar de niña a mujer, ofreció todas las grandiosidades de la hembra andaluza en plena apoteosis.

Ojos negros y avasalladores, gachonamente entornados, más relampagueantes bajo el casco rizado de una cabellera de ébano; labios golosos, nariz aguileña y dientes purísimos, eran los principales encantos del rostro; en cuanto al cuerpo, revestía plasticidad inusitada con los senos erguidos, la cintura flexible, las caderas hinchadas como un ánfo-

ra y las piernas estatuarias. Guadalupe pudiera haber servido maravillosamente para encarnar la diosa de la Voluptuosidad, porque era impetuosa y delicada, y en sus menores movimientos adivinábase a la criatura inflamada de lujuria. Era una ninfa soñadora y morena que parecía creada por Júpiter para incendiar de pasión a los faunos con la fastuosidad de sus encantos.

Por su hermosura perezosa, de bayadera oriental, Guadalupe Montoya vió rendidos ante ella a numerosos ciudadanos, que retribuyeron generosamente las complacencias de la cordobesa. Porque, eso sí, la joven siempre procuraba armonizar los delirios del corazón con las necesidades económicas. Tuvo incontables pretendientes, a cual más rozagante; pero antes que al físico de sus admiradores atendió a interesarse por la importancia de sus carteras. Había sido amada y deseada con todas las vehemencias y los arrebatos de un ansia turbulenta, y ella tuvo también épocas en que se reconoció íntimamente



como la más dichosa de las amadoras. Cuantos hombres pretendió esclavizar, cayeron en las redes de su hermosura y de su simpatía, y sólo le faltó un trono para poderse titular reina de las mujeres codiciadas.

Al dedicarse a cancionista, encontró en el público una acogida idólatra, y hasta el momento de su retirada pudo vanagloriarse de ser una de las artistas predilectas de España entera. Guadalupe estaba considerada como un símbolo nacional, y los periodistas la acataban como la más genuina intérprete del alma popular española. Su gran talento natural la hizo abandonar la escena en plena gloria, cuando más sensación causaba por su arte y su belleza, y retiróse, no porque viera obscurecerse su prestigio, sino porque quiso dejar de ella un amable recuerdo. Fué una coquetería de mujer superior, y, merced a su enorme fuerza de voluntad, el público conservó de ella una impresión imborrable. Guadalupe Montoya era la deidad mitológica que se esfumaba, genial, después de haber hechi-

zado a sus admiradores con el prestigio de su aparición.

Bien es verdad que en la prematura retirada influyó considerablemente la conflagración con don Hilario Verdaguer, el rico negociante de la Ciudad Condal, hombre algo entrado en años, pero de una generosidad sin precedentes. Don Hilario, empresario del teatro Hispania, hallábase tan fervientemente enamorado de Guadalupe, que estaba dispuesto, no sólo a casarse con la ex cancionista, sino también a reconocerle los dos hijos —Pura y Julio—que ella tuvo en su juventud con dos amantes diferentes.

Guadalupe no amaba a Verdaguer; pero, en cambio, ponía de su parte todo cuanto pudiera coadyuvar a que él tuviese tal certeza. Prodigábale en público y privado cuantos mimos y halagos cabe imaginar en una esposa enamorada, y aun aquellas personas que no ignoraban los trapicheos de Guadalupe veíanse precisadas a confesar que ella sobre-



llevaba magistralmente su papel de mujer adúltera y sentimental.

Porque, eso sí, la subyugante Guadalupe estaba poseída por el demonio de la infidelidad, y no se había privado de ningún capricho masculino, que armonizaba con la habilidad de un ministro de Estado, que al menor descuido puede descomponer los protocolos, hasta el momento de sobrevenir su *entente* con Jacinto Morales.

Jacinto era el actor mimado del público de Barcelona, donde llevaba actuando dos temporadas seguidas con éxito creciente, y nadie hubiera presumido, al ver su aspecto de pollo recién salido del cascarón, que ya era un gallo por la edad.

Había cumplido veinticinco años; pero seguía en posesión de una línea impecable, y las mujeres le encontraban guapo y seductor, aunque examinándole sin apasionamiento, resultaba algo femenino con su eterna sonrisa húmeda y triangular, sus miradas oblicuas y sus maneras afectadas. Había realizado una

creación de su papel de *Toby*, en una obra extranjera, adaptada al castellano por el ilustre dramaturgo, sainetero, refundidor, novelista, poeta y traductor, que dirigía la compañía del Hispania, y desde entonces, como el protagonista de la obra, quería ser un adolescente candoroso, modelo de travesura ingenua. Vestíase para la calle como salía en *Toby*: con cierto desaliño aristocrático, y adoptaba unas actitudes de una infantilidad superelegante que inquietaba a los hombres y le atraía la curiosidad de algunas mujeres. Pero Jacinto Morales, que había logrado detener los ataques del tiempo conservando la frescura del rostro y la gentileza del talle, no había conseguido librarse de los ataques de la maledicencia, que había clavado sus afilados colmillos en la reputación del comediante.

Al principio, cuando entre la gente de teatro empezó a murmurarse que Jacinto Morales era un individuo que de *boudoir* adentro se *amoldaba a todo,* éste se hizo la víctima,



tratando de convencer a sus deudos y amigos de que aquellas versiones eran repugnantes calumnias puestas en circulación por sus enemigos para empañar su prestigio de actor. Pero cuando se comprobó que verdaderamente el genial creador de *Toby* profesaba en el orden sexual una amplitud de criterio ilimitada, su aire de víctima desapareció y caracterizóse por un cinismo desafiante que desconcertaba a cuantos le rodeaban. Hablaba públicamente de sus audacias de *boudoir* como si se tratase de hechos gloriosos, y sustentaba una ética malsana, que resumía en las siguientes frases:

—El Placer es un arte, como la Música, y es preciso conocer sus ritmos y sus variaciones para producir sensaciones vibrantes. En el terreno erótico estamos algo retrasados, y estacionarse es retroceder. Hoy el criterio general es que debemos continuar el procedimiento de Adán y Eva; pero yo, que no estoy conforme con limitaciones ridículas, he realizado importantísimas investigaciones que

no han podido ser de un resultado más brillante. Puedo afirmar, después de haberme documentado en cuanto razonablemente puede uno documentarse, que el goce amoroso es un fenómeno de autosugestión. Basta persuadirnos de que vamos a experimentar una sensación voluptuosa con determinada persona, para que nuestra sangre arda en deseos. Una vez puestos de acuerdo con la parte beligerante, todas las fantasías y monstruosidades imaginables carecen de importancia si su realización nos produce deleite.

Jacinto Morales era el actor preferido de la Ciudad Condal por las mujeres fáciles y por las que, sin serlo, no vacilaban en sacrificar su condición de *honorables* con tal de disfrutar de las delicias de una noche de amor con aquel seudoadolescente, que en todo momento disponía de recursos infalibles para provocar en ellas bienandanzas inefables. Pero, a pesar de que las mujeres no dejaban materialmente respirar al desmoralizado comediante, éste disponía de tiempo para orga-

nizar sospechosas excursiones con algún que otro arrogante guayabo de la aristocracia, un torero simpático y robusto o un precioso *botones* de cualquier *music-hall*.

Jacinto Morales había conocido a la Montoya en el Cine de Cataluña, durante la proyección de una película de largo metraje y patéticas aventuras. La ex cancionista, que era gran aficionada a las cintas cinematográficas en que interviniesen policías y ladrones, había salido sola una tarde a ver el quinto episodio de "El misterio de la cama redonda", una creación norteamericana, cuyo desarrollo seguía con asfixiante interés, y no encontró despreciable a su vecino de butaca, que celebraba las truculencias de la cinta con hilarantes comentarios.

A la terminación de la película, Jacinto volvió a tropezarse con Guadalupe, y murmuró al oído de ella, con tanta discreción como entusiasmo, unos piropos que la espléndida morena recibió sin incomodarse. El, alentado por la acogida de Guadalupe, continuó andando al



lado de ella con dirección a la Rambla de Canaletas, y como la Montoya no le invitó a que se retirara, el comediante continuó rociándola con unas cuantas ingeniosidades que le conquistaron la simpatía de la amante de Verdaguer..

Aquella amistad tan trivialmente iniciada acabó convirtiendo a Guadalupe y a Morales en dos amantes dignos de pasar a la Historia como continuadores de los excesos de la pareja más incandescente. Jacinto apoderóse vertiginosamente de la voluntad de su adorada, y cuando don Hilario Verdaguer adquirió el teatro Hispania para cultivar allí el género *serio*, Guadalupe Montoya imbuyó a éste la idea de que Morales figurase en la compañía.

El idilio de Guadalupe y el actor duraba ya cerca de un año y se desenvolvía plácido y subterráneo, debido a que, si bien la ex cancionista era atrozmente celosa, Jacinto Morales sabía ocultar sus devaneos con increíble habilidad, y a solas con su querida

ponía de manifiesto una resistencia erótica que hubiera despistado a la mujer más clarividente. Jacinto recurría a procedimientos inauditos, y se valía de auxiliares poderosos y novísimos para sojuzgar a sus amantes, y a la Montoya la tenía desconcertada con sus inacabables trucos de *boudoir*. Ella, que se había sentido dominada por numerosas pasiones anteriores, reconocía que ninguna de ellas había igualado a ésta en intensidad, y rechazaba indefectiblemente a cuantos hombres la galanteaban, porque desde que amaba a Morales todos le parecían deficientes comparados con el actor.

Para nadie era un secreto aquella complicidad erótica existente entre Jacinto y la Montoya; pero la opinión pública simpatizaba con Morales porque era un gran artista, y con Guadalupe por tratarse de una exuberante mujer. Los espíritus imparciales encontraban muy oportuno que la ex cancionista coronase a su amante oficial, y no faltaban gentes altruístas que hasta hubieran prestado

su propio domicilio a la pareja para cualquier clase de esparcimiento. El mundo no transige con que una ciudadana confortable pueda ser impunemente monopolizada por un viejo verde, ni aun a costa de millones, y está siempre dispuesto a fomentar y encubrir el adulterio, cuando, como en las comedias de Molière, el marido o su similar es un viejo grotesco y el favorito un guapo mozo.

Sin embargo, aquel amor fogoso e insaciable que el primer actor del teatro Hispania patentizó a la querida de su empresario en los primeros meses de relaciones, empezaba a enfriarse, porque el discípulo de Talma estaba devorado por el veneno de la aventura.

Jacinto Morales era un infatigable buscador de sensaciones voluptuosas, un espíritu inquieto y refinado, siempre dispuesto a cualquier fechoría que revistiese carácter sensual, y dada su amplitud de criterio para la aceptación de cómplices, a los cuales sólo exigía juventud y belleza, vivía en perpetua espera de sensaciones de la carne por prohibi-

das que fueran. Para él no existía más freno que los puramente estéticos, y apenas comenzado el saboreo de una aventura, por excitante que le resultara, ya empezaba a sentir la imprescindible necesidad de substituirla.

La pasión del comediante por la amante de su empresario, después de haber llegado a su apogeo, había entrado en el período precursor de la ruptura, y por eso tenían lugar aquellas escenas pintorescas, en que tanto ella como él parecían entrenarse para un *match* de boxeo, y que generalmente concluían de la manera más absurda y provechosa para los contendientes.

II

—¿Vamos a las montañas rusas?—propuso Jacinto Morales, agarrándose al brazo de Carlos Urgellés.

Acababan de merendar los dos en el restaurante del Turó-Park, conversando mientras la banda militar alegraba el ambiente con las graciosas notas del *Fado Flanquita,* y por las escalerillas de piedra descendieron a la pista, donde los empleados del parque de recreos ultimaban los preparativos para la ascensión del globo que surcaría el espacio pilotado por la amazona inglesa miss Bradday. El aeróstato cabeceaba sujeto por pujantes brazos, y formando círculo en torno del globo y a la intrépida amazona que había de pilotarlo, agitábase una muchedumbre

compuesta en su mayoría por el elemento infantil. La concurrencia de aquella tarde al Turó-Park era como la de todos los domingos y días festivos, familias burguesas que iban a distraer a los pequeños con las vueltas de los caballitos del "tíovivo", con los trucos de la casa encantada y con las emociones del *water-chute*. El tobogán, las rifas, el canal misterioso, los aeroplanos, los columpios, los *wiching-wawes,* el ferrocarril en miniatura, los automóviles, las barracas del tiro al blanco y demás distracciones del Turó aparecían invadidas por un público ingenuo que exteriorizaba su buen humor y su contento bajo el azul de un cielo inflamado de oro y púrpura.

Jacinto Morales y su amigo atravesaron dificultosamente la masa de espectadores que aguardaban la subida del globo, y bordeando la línea de palcos que limitaban la pista de los *wiching-wawes,* llegaron a la taquilla de las montañas rusas, donde adquirieron un abono para seis viajes.

Las montañas rusas eran el recreo predilecto de Jacinto Morales, porque su espíritu, aniñado y ávido de sensaciones más o menos pueriles y perversas, gozaba una increíble voluptuosidad cuando las vagonetas se deslizaban con estrépito por las empinadas cuestas y ascendían vertiginosas. Gustábale ocupar los primeros asientos, porque así podía apreciar en todo su valor la altura de la vertiente, que hubiera deseado fuera mucho mayor; pero algunas veces solía reservar su preferencia para los últimos puestos, con el fin de aprovecharse de la obscuridad para cambiar furtivamente un beso con la parte beligerante.

Jacinto se había presentado en el Turó-Park ataviado en una forma que le prestaba todo el aspecto de un colegial recién salido del Instituto. El sombrero de paja, el vestido de gabardina gris, el calzado de piel y el bastoncito Imperio contribuían a rejuvenecerlo y a hacer menos ostensible la diferencia de edad existente entre él y su acompañante.

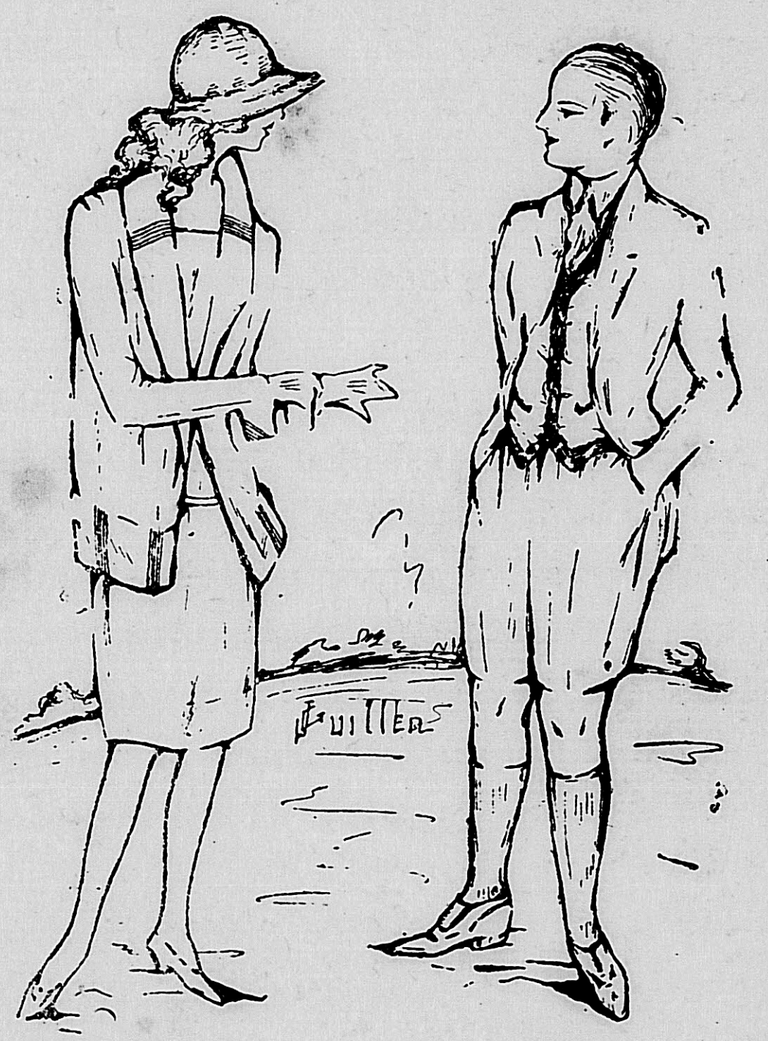
En cuanto a Carlos Urgellés era un alegre

muchacho de diez y siete años, perteneciente a una familia aristocrática barcelonesa, y por su espléndida figura y exquisita elegancia principiaba a causar expectación entre los elementos femeninos. Las hermanas de Carlos estaban abonadas al teatro Hispania, y el chico, que empezó frecuentando los "camerinos" de las actrices, acabó estableciendo una intimidad con Jacinto Morales que alarmaba a la familia del joven y a los compañeros del actor.

Mientras los dos amigos esperaban, formando cola en el andén de las montañas rusas, la llegada del primer tren de viajeros, Carlos Urgellés, que curioseaba cuanto pasaba a su alrededor, previno a Jacinto Morales:

—Me parece que ahora suben por las escalerillas del *water-chute* los hijos de la Montoya.

—Sí—confirmó Jacinto, dirigiendo la vista hacia el lugar indicado por su amigo—. Van con la señorita de compañía y Susanita Tru-



charte. Te comunico que a esas dos tobilleras las gusto un rato largo.

En aquel momento presentóse un convoy, y, después de acomodarse los dos amigos en la última vagoneta, exclamó Carlos al oído de Morales:

—¡Hay que ver la suerte que tienes tú con las mujeres!... ¡Porque ahora estás usufructuando unas señoras que quitan la cabeza!

—¿Suerte crees tú?—contestó el actor incautándose de una de las manos de Carlitos—. Las monopolizo porque soy joven, porque tengo bonita figura, porque soy inteligente, porque soy un gran artista y porque tengo una reputación equívoca. Si yo fuera un tipo vulgar y una medianía como actor, si resultara antipático y mi fama fuera intachable, nadie se fijaría en mí. Pero, como afortunadamente soy un compendio de perfecciones espirituales y casi físicas, lo lógico es que las mujeres que se pongan a mi alcance caigan si yo me lo propongo. Lo deseable es ser inteligente y ser artista, porque siéndolo no hay

nada imposible para nosotros, contando, naturalmente, con un poco de juventud. Para mí las conquistas femeninas han sido siempre de una facilidad asombrosa. ¿Sabes lo que es verdaderamente difícil? Atraerse la simpatía de un muchacho como tú, que en el orden erótico profesa unas ideas anticuadas, que sólo concibe el goce en la forma vulgar que las corrientes modernas desdeñan, y que por un criterio terco y equivocado se resiste a aceptar una aventura de éstas que la opinión pública condena oficialmente. ¡No te puedes imaginar la inquietud que se experimenta ante la sospecha de que una plaza sitiada pueda resistir nuestros ataques sin rendirse! Como tampoco puedes darte idea de la emoción tan intensa que se goza cuando vemos realizado nuestro deseo y adquirimos la convicción de que somos correspondidos...

—Pero... dime—interrumpió Carlos, enrojeciendo—. ¿Tú no has sentido nunca en tu interior vergüenza de ti mismo por haber caído tan bajo?... Si no te has arrepentido de

hacer lo que haces, ¿tampoco has sentido rubor? A mí me importaría caer ante mis propios ojos, abominaría de mí mismo.

—¡Nada de eso!... Yo abominaría de mí mismo si me reconociese incapaz de experimentar los goces del placer admitido por la Naturaleza. Pero como soy un incansable cultivador de lo normal, que amo y exalto a las mujeres como el hombre más apasionado, no tengo por qué avergonzarme, cuando por variar, y porque ello me hace feliz, emprendo otros derroteros. Yo tomo mi dicha en donde la encuentro y no me detengo en examinar la forma en que se me presenta. Para mí la Belleza y el Placer son siempre admirables en todas sus manifestaciones. Creo que es perfectamente compatible adorar a Guadalupe Montoya y venir contigo a las montañas rusas. Puedes estar seguro de que si me saliera otra nueva combinación también la aceptaría, si creyese que me iba a deparar un momento agradable. El error de la gente es declarar incompatibles determinadas sensaciones eróti-

cas, cuando el secreto del placer es dominarlas todas, siempre y cuando que sea de acuerdo con la parte beligerante y sin perjuicio para un tercero.

—Tienes una manera de razonar muy pintoresca. Te has hecho una moral a tu antojo y conveniencia, y serías capaz de poner cátedra en plena plaza de Cataluña. Eso es lo que desapruebo en ti. Ya que tu vida no sea irreprochable, por lo menos no hagas ostentación de tus debilidades. ¿Por qué ese empeño tuyo de desmoralizar continuamente?

—¡Lo hago por fomentar la tolerancia! El día que la gente oiga hablar de ciertas cosas sin escandalizarse, podremos vivir en paz los grandes artistas, a quienes el vulgo sólo puede reprochar nuestra vida privada. Es triste y lamentable que cuando no se nos puede negar méritos, tengan que recurrir para desprestigiarnos a invadir el sagrado de nuestra alcoba. Me parece muy bien que se condene a un hombre jugador, que con su vicio puede arruinar a unas familias; al mujeriego,

que seduce y envilece a mujeres honradas; al borracho, molesto para quienes hayan de convivir con él; al ladrón, al desleal, al asesino, a todo aquel cuyas maldades puedan causar un mal grave a sus semejantes. ¡Pero mostrarse intransigente con quien sólo se perjudica a sí mismo! Fíjate que en mí no se censura lo verdaderamente perjudicial para un tercero, lo que pone en peligro la estabilidad de un hogar, sino precisamente lo que no importa ni perjudica a nadie. Lo que para existir necesita de otra persona que piense igual que yo y con la cual es lícito que comparta mi gusto.

—Todavía hay mucha gente que no se aviene a transigir con ciertas cosas.

—Pues acabarán transigiendo, hijito— profetizó Morales—. Estamos en una época en que casi todas las figuras de prestigio *torean,* más o menos descaradamente. Hay ex presidentes del Consejo de ministros, literatos de postín, toreros con categoría de "fenómenos", actores populares, aristócratas cono-

cidísimos y muchas personas *bien* que se encargan de vulgarizar esas costumbres abominables, y desgraciadamente exquisitas, que hasta hace poco exasperaban a las multitudes incultas. Afortunadamente, las corrientes renovadoras han invadido nuestro *boudoir,* y ya se asustan menos del vicio, porque el que no lo practica lo está deseando. Si te he de ser franco, te diré que no concibo cómo la gente no se aburre cultivando los procedimientos de Adán y Eva. Hoy el goce sexual tiene derivaciones agradabilísimas que en nada atentan al principio fundamental, puesto que son compatibles con él. Y si no, raciocina serenamente: ¿Qué opinarías tú de mí si un día me invitases a comer en un restaurante y yo pidiese biftec con patatas de primer plato, después otro biftec y para postre un tercer biftec? Seguramente pensarías que yo era un hombre prosaico y plebeyo. Pues con los *menus* de alcoba sucede igual. Es preciso alternar los platos anticuados y corrientes con guisos variados y modernos.

A la conclusión de los seis viajes por las montañas rusas, Jacinto y Carlos divisaron a Panchita Mínguez, una amiguita del actor, cubana deliciosa por su arrogancia y su fragilidad, que paseaba del brazo de un señor de aspecto respetable, barbudo, gordo y cincuentón.

Panchita Mínguez, aplaudida rumbista del Edén-Concert, era una de las últimas admiradoras que habían desfilado por la *garsonniere* de Jacinto Morales, y ya iban los dos amigos a aproximarse a ella para saludarla, cuando el actor detuvo a Carlos:

—Aguarda, no te acerques. ¿Sabes quién es ese que va con la cubana? Es el doctor Redruello, un pretendiente de Panchita que aspira a ser su amante oficial. Es un sátiro repugnante, y a pesar de su barba apostólica, un pillo redomado que no respeta ni a su clientela. A mí me han contado que una vez fué una nodriza a que la reconociese el pecho y dictaminase sobre la calidad de la leche, y como la muchacha era bonita, el doctor Re-



druello la puso nerviosa a fuerza de manoseos. Ahí donde le ves tiene una fortuna enorme, y si Panchita supiera manejarle le sacaría muchos miles de duros. Por cierto que está casado con una mujer horriblemente fea.

—¡Bah!—exclamó Carlos—. Cuando un marido puede tener queridas tan preciosas como Panchita Mínguez, ¿para qué necesita la belleza de su mujer?

La cubana pasó junto a los dos amigos enfrascada en su conversación con el doctor Redruello, sin percatarse de la presencia del actor; pero éste no supo resistirse a la tentativa de hacerse notar, y favoreció a Panchita con un pellizco que hizo volver la cabeza a la interesada y dedicar una expresiva sonrisa al comediante. Al fijarse la joven en Carlos Urgellés emocionóse de tal manera que no pudo menos de separarse bruscamente del brazo del doctor, para decir al oído de Morales:

—Esta noche os espero en el Edén a ti y

a tu amigo. Se me acaba de ocurrir una idea genial.

Luego tornó a apoderarse del brazo de Redruello, diciéndole, mimosa:

—¡Ya le conoserás!... ¡Es Jasinto Morales, el actor del Hispania!... Le he dicho que me envíe un palco, porque quiero obsequiar a una amiga mía.

—¡Hum!—exclamó Redruello con gesto avinagrado.

—Me figuro que no incurrirás en la tontería de tener selos de él. A mí no me convense nadie más que tú, que me traes de cabesa, sobre todo desde que me has prometido el collar de brillantes. ¡Tú sí que eres un hombre como Dios manda!... Si no fuera porque estamos en el Turó ahora mismo te daba un mordisco.

Pura Montoya y Susanita Trucharte, que paseaban enlazadas por las proximidades del laberinto, fueron abordadas por Jacinto Morales y Carlos Urgellés. El comediante sentía gran predilección por ambas chiquillas, y no

tardó en proponerlas una excursión por el río misterioso, que fué inmediatamente aceptada por ellas antes de que se les incorporase el hijo de Guadalupe.

El río misterioso era una de tantas atracciones del Turó-Park, que disfrutaba de la especial predilección de las parejas amorosas. Consistía en un canal tan estrecho que sólo permitía el paso de una lancha, y por medio de una corriente de agua la barca deslizábase con tranquilizadora lentitud por unos lóbregos pasillos, cuyas paredes imitaban rocas infernales. El viaje duraba aproximadamente diez minutos, que eran aprovechados por las parejas para entregarse a razonables expansiones, y se hacía en medio de un inquietante silencio, sólo turbado por el rumor de la corriente de agua sobre que marchaba el barquichuelo. Susana, Pura, Carlos y Jacinto acomodáronse en una lancha, y cuando sobrevino la amparadora obscuridad, ellos no se arrepintieron de haber propuesto la excursión ni ellas de haberla aceptado.

Susana y Jacinto Morales iban en el asiento delantero, y detrás Pura y Carlos, tan estrechamente unidos que los muchachos percibían el excitante aroma de los cabellos de las nenas, que a pesar de sus quince años poseían una audacia increíble.

Pura Montoya y Susanita Trucharte permanecían abismadas en la muda admiración del comediante. Las divagaciones de Jacinto sonábanles a ellas como una música sutil, porque en sus inteligencias, precozmente maleadas, la ética del seudoadolescente había efectuado unos estragos que colocaban en peligro a las curiosas muñecas. El ambiente de amoralidad en que se desenvolvían, la gran independencia que las rodeaba y su propio instinto, que las encauzaba por una senda culpable, las impulsaba a entregarse en otros brazos menos infantiles. Pura y Susana soñaban con violaciones monstruosamente prematuras, y a solas confiábanse la común esperanza de entrar en las regiones del Placer conducidas por la sabiduría de Jacinto Morales.



Poco a poco, sin que mediase la más leve indicación, ellas fueron reclinando las cabezas sobre los hombros de ellos, y éstos buscaron ansiosamente las bocas de las pequeñas. Acababan las dos amigas de devorar un paquetito de bombones, y aun conservaban en los labios la dulzura de la crema y el sabor del chocolate. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Carlos y Jacinto habían ladeado la barca de tal suerte que quedó estacionada en uno de los parajes más obscuros, y sin miedo a parecer osados, acariciaron a las nenas. Luego, en silencio siempre, las invitaron a una justa correspondencia, y las ingenuas libertinas pusieron de su parte todo lo posible por que aquel pecado banal resultara más delicioso. Nunca el céfiro ni la brisa registraron suspiros más enternecedores que los que en aquellos memorables instantes cambiaron entre sí los tripulantes de la barca del amor, y cuando Susana y Jacinto hubiéronse saciado definitivamente, éste, cogiendo con destreza

a Pura por la cintura, la atrajo hasta su asiento y arrojó a la Trucharte en brazos de Carlitos. Tornaron a repetirse los primeros deliquios, y así hubieran permanecido toda la tarde a no ser porque de pronto un golpe formidable puso en marcha a la barca. Era otra lancha que había avanzado sigilosa y que, al encontrar el canal obstruído, cortaba bruscamente las audacias de las dos parejas.

—¡Ah!—exclamó un pasajero de la embarcación agresora—. ¿Pero teníamos otra barca delante?

—¡Naturalmente! — contestó Morales —. Lo que pasa es que con el ruido de la corriente ni ustedes se habían percatado de que estábamos aquí, ni nosotros de que ustedes venían.

A la terminación del truculento viaje, las pequeñas no parecían, por sus rostros, haber sido protagonistas de una escena tan perversa e inesperada. Contempláronse ambas con amigable indiferencia, sin expresar asom-

bro ni rubor, y ni siquiera tuvieron para sus asaltadores una sonrisa intencionada. Como si nada hubiera sucedido entre ellos, ni las chicas hicieron alusión a lo pasado, ni los jóvenes se permitieron recordarlo. Los cuatro fueron en busca de la dama de compañía, que refrescaba con Julito en el *bar*, y todos se limitaron a reconocer interiormente las delicias indescriptibles del canal misterioso.

—¡La hija de Guadalupe es suculenta!—afirmó Carlos Urgellés al separarse con Morales de las ingenuas libertinas.

—Y promete ser una digna continuadora de su madre—observó el actor ambiguo—. ¡Qué lástima que mi inminente ruptura con Guadalupe me prive de sustituírla algún día con su hija!...

—Pero ¡cómo!... ¿Tan mal va vuestro idilio?...

—Sí—contestó Morales—. El amor absorbente de la cordobesa me tiene empalagado, y aunque se obstina en retenerme, creo que

esto durará muy poco tiempo. Si por mí fuera... ya habría terminado.

—Eres de una inconstancia aterradora.

—La única manera de no arrepentirse de una pasión es cortándola antes de que sobrevenga el hastío.

III

Las truculencias perpetradas en el Turó por Carlos y Jacinto no les impidieron aceptar "la luminosa idea" de Panchita Mínguez, cuando llegaron al Edén-Royal. La incandescente cubana se había evadido de sus compromisos con el doctor Redruello para consagrarse a los dos inseparables, y éstos, apenas hubo expuesto la joven sus deseos de pasar la noche con ambos—uno a cada lado del lecho—empezaron a relamerse de gozo ante la perspectiva del banquete que se les prometía, a la conclusión del espectáculo.

Aquella noche la concurrencia del Edén-Royal había aumentado considerablemente, por causa del *début* de un transformista, imitador de estrellas, que, ataviado con un re-

cargamiento de terrible mal gusto, evolucionaba por el escenario con grotescos ademanes, que a él se le antojarían muy femeninos, pero que hicieron exclamar a Jacinto Morales:

—Estos degenerados, que sienten la invencible necesidad de vestirse públicamente de mujer y que utilizan el arte como un pretexto para justificar sus aficiones, son los que desacreditan el vicio. Estos tipos debiéramos matarlos, no por su perversión sexual, sino porque son ridículos. Las aberraciones elegantes y decorativas, discretamente disimuladas, merecen el respeto de la gente, porque no ponen en la vida una nota discordante. Lo lamentable es la inversión cómica y anticuada de estos supervivientes de Sodoma, que viven esclavos de la burla que les jugó la Naturaleza. Si este hombre, que debió nacer hembra, tuviese talento, no perdería ante la sociedad el prestigio a que obliga el sexo, y trataría, dignamente, de hacerse perdonar, observando una conducta equívoca.

—Todo el mundo no está obligado a pensar como tú—observó Carlos Urgellés.

—Tienes razón—contestó Jacinto Morales—. En el fondo, quizás deplore él, más que nadie, su deficiencia en el orden sensual.

—¿Deficiencia? — repitió Carlos, extrañado.

—Sí, deficiencia—afirmó el comediante—. El hombre a quien no le gustan las mujeres es tan deficiente como la mujer a quien no le gustan los hombres.

—Entonces—dijo Carlos—, el hombre a quien le gustan las mujeres es para ti tan perfecto como la mujer a quien le gustan los hombres.

—Nada de eso—opuso Morales—. Eso representa la normalidad, el equilibrio, lo razonable. La perfección está en las personas que hacen "a pluma y a pelo". La sensibilidad erótica más refinada es la de quienes pueden vibrar indistintamente con uno y otro sexo.

—¡Calla!—interrumpió Carlos, escandali-



zado—. No sigas. Conseguirás que te detesten. Esas teorías disolventes las ponen en circulación los depravados para justificar sus extravíos. Ir contra la Naturaleza es ir hacia el Infierno. El placer está en el Cielo. Cuando estamos con una persona a quien queremos mucho, exclamamos: ¡Angel mío!

Al desdichado imitador de estrellas, competidor de Egmont de Bries, que ni siquiera realizaba como éste un trabajo interesante, sustituyó en el escenario la escultural Panchita Mínguez, que borró con sus rumbas el deplorable efecto producido en el Edén por el *début* del híbrido suplantador de la cualidad femenina..

—¡Esto ya es otra cosa!—suspiró Carlos Urgellés—. Si yo supiera pintar, intentaría reproducir esas espaldas, que oscurecen al alabastro; esa nuca, que ha robado su transparencia al nácar; esos hombros, cien veces más rosados que las rosas; esos contornos embriagadores y esos pies breves y ligeros como el céfiro.



—Chico, ¡qué poético estás hoy!—apuntó Morales.

—Porque la mujer es quien me inspira —declamó Carlos—. Después de esta criatura tan deliciosa, con sus ojos brillantes que parecen evocar las dulzuras de "su Cubita", el rico aguacate, el sabroso mango, el freijón y el tasajo brujo, ¿quién, que no fuese otra hija de Eva, podrá despertar más rabiosos deseos a la luz del sol? ¿Quién podrías presentarme que pudiera ser adorado como ella, sin vergüenza y sin restricciones, con toda la vehemencia y el aplauso general?

—Indudablemente, la belleza de Panchita te ha enajenado—expuso el comediante—. Es preciso contemplar a las mujeres con un poco más de serenidad. Además, tú todavía no las has gozado a docenas. Cuando hayas tenido como yo un centenar de queridas, empezarás a pensar en si existe otra cosa que no sea una querida más...

Panchita Mínguez retiróse y fué sustituída por la célebre bailarina Luisa de Lerma,



número de atracción del programa, y Jacinto Morales trató de describir y de justificar la existencia de don Juan Ambiguo.

Don Juan Ambiguo es el producto de una civilización despreocupada, y su prestigio radica exclusivamente en su perfume de amoralidad. El no se conforma con los límites puestos al deleite por la Naturaleza, y busca su armonía voluptuosa en el ensamblamento de voluptuosidades prohibidas y, desgraciadamente, exquisitas para él.

Don Juan Ambiguo, el insaciable buscador de lujurias malsanas, es una víctima de la moderna literatura decadente y sufre el veneno del pecado decorativo. Es un propagador de los paraísos artificiales y le placen las queriditas bien vestidas, los amiguitos jóvenes, los cigarrillos turcos y los perfumes caros. Frecuenta las cenas del Ritz, aplaude a Raquel Meller, se extasía con las novelas de Lorrain y siempre tiene en la mesita de su cuarto los retratos del torero, el tenor o el novelista de moda.

A don Juan Ambiguo, a pesar de que "repica y anda en la procesión", no parecen afectarle grandemente sus extravíos. Diríase que la aventura le tonifica y embellece, manteniendo su aspecto equívoco y su aparente juventud. Porque don Juan Ambiguo, que ya cumplió los veinticinco, posee un alma vieja y experimentada, que le presta recursos para vencer en sus difíciles empresas y quedar airosamente después de perpetrada la inconfesable fechoría.

Don Juan Ambiguo es un trucoso admirable, que se hace respetar de la parte beligerante, como si en realidad no hubiese delinquido, y sabe adoptar un gracioso gesto de indiferencia ante la gravedad de sus audacias. Como sólo se complica con la gente "bien" y discreta, sus pillerías quedan siempre impunes, y como sabe rodearlas de misterioso encanto y literaria legalidad, de un ambiente perfumado y elegante, no es posible indignarse después de haber caído en la tentación. Sus conquistas las realiza por sor-

presa y con una sencillez tan infantil, que, pasado algún tiempo, se recuerdan con especial melancolía.

Don Juan Ambiguo es el abismo peligroso que inquieta a las chiquillas jóvenes, devoradas por el Demonio de la impaciencia sensual, y a los adolescentes víctimas de curiosidades mórbidas. Es contemplado con admiración por las casadas jóvenes y los próceres viejos, y todo su atractivo desaparecería con su mala reputación. Constantemente es solicitado; pero él prefiere ser quien solicite. No basta con llegar hasta don Juan Ambiguo adornado con los siete pecados capitales, porque él no quiere que le den los pecadores hechos, sino hacerlos él mismo: se reserva el derecho de admisión. Le seduce embriagarse en la captura de una virginidad, y le exasperarían las mixtificaciones; porque él no transige con más trapacerías que las suyas.

Don Juan Ambiguo, extravagante y recatado, encarnizadamente casto en su ansiedad

erótica, generoso y sentimental, es el don Juan más "siglo xx" de los don Juanes de la época. En tiempos de Zorrilla no le hubiera disputado doña Inés a don Luis, porque le habría convencido para raptarla "al alimón" y pasar la velada los tres juntos sobre el célebre sofá.

La llegada de Panchita Mínguez interrumpió a Morales, y cuando ésta se colocó entre los dos amigos, les previno que podían marcharse cuando quisieran, pues había pedido permiso al director artístico para no "hacer foyer" aquella noche.

El comediante, entonces, abonó la consumición y salieron los tres para tomar el *auto*, que les condujo al domicilio de la frágil cubana.

Panchita era una criatura inflamada de ardiente sensualidad, que hasta la fecha no se había privado de regalarse amorosamente con cuantos mancebos le parecieron apetitosos, y

por la tarde, en el Turó, había sufrido un radical deslumbramiento admirando la prestancia de Carlos Urgellés. Mientras los tres se aligeraban de ropa en la alcoba de la cubana, tanto ésta como Jacinto pudieron apreciar que toda la plasticidad exterior que caracterizaba al aristocrático chiquillo se afirmaba al desprenderse de las vestiduras.

Carlos era una hermosa y tierna bestia de placer, de carnes torneadas, fina musculatura y altivo continente. Aun conservaba las suavidades de la adolescencia; pero también se destacaban en él los síntomas de una prematura varonilidad. La cubana, que se jactaba de haber saboreado ejemplares magníficos de belleza masculina, no tuvo más remedio que reconocer que Carlitos era una *trouvaille,* con sus ojos intensamente azules, sus labios encendidos, demasiado carnosos para no resultar sensuales; sus cabellos castaños y su aire de Lauzún, altivo y resistente. Lo único que la produjo desconfianza fué comprobar, al saltar al lecho, que tanto Jacinto Morales como

Carlos Urgellés no venían pujantes al torneo...

—¡Es que... sabes...!—explicó el actor—. Esta tarde hemos tenido una aventura estupenda en el canal misterioso con dos muchachas y estamos algo resentidos.

—¡Puah!... ¡Qué asquito de hombres!—exclamó la Mínguez—. ¡Me inspiráis lástima!... ¡No tenéis resistencia!... Yo esta tarde he tenido que estar amable siete veses con Redruello para que me dejase libre esta noche, y... ¡aquí me tenéis, como si no hubiera pasado nada!...

En seguida saltó del lecho para conjurar el abatimiento de los alicaídos, y no encontró más recurso para cooperar al bien común que obsequiar a Carlos y Jacinto con unas copitas de ron, que ella reservaba para las ocasiones difíciles. Era un ron enigmático, mezclado con unas gotas mágicas, que obraban la virtud de soliviantar al hombre más deprimido. Luego recuperó su puesto y rodeó con sus dos brazos las cinturas de Carlos y Jacinto,

y los atrajo hacia ella con gran contento de los dos. Por efecto del afrodisíaco disuelto en el ron, no tardaron los dos amigos en sentirse acometidos por un arrollador deseo, que tranquilizó a la joven, y lo que al principio parecía imposible, revistió caracteres de inconfundible realidad. La cubana sintióse oprimida simultáneamente por dos faunos vigorosos que se incrustaban incendiados a ella y pretendían homenajearla al mismo tiempo, lo cual, si bien a ella no le hubiese desagradado, resultaba quimérico. Fué preciso contemporizar, y mientras Carlos obtenía la más prosaica concesión de Panchita, ésta recibía a Morales en una forma y con tal destreza que sólo en latín pudiera describirse. El momento del primer espasmo fué tan oportuno, armonioso y unánime, que los tres jóvenes quedaron desvanecidos en un éxtasis de dicha inefable, del cual sólo se repusieron para iniciar una repetición, cambiando el orden de los factores, que, como es de suponer, no alteró el resultado.

Y sería indiscreto y contraproducente narrar las quisicosas, fruslerías y monadas que aquella noche realizaron Carlitos y Morales para satisfacer a Panchita Mínguez, como tampoco sería decoroso y humanitario hacer memoria de las ternezas, concesiones y locuras que la cubana reservó para los dos amigos. Cada uno de ellos se esforzó por asombrar a la parte contraria, y hubieran permanecido en el lecho cuarenta y ocho horas para no interrumpir sus escarceos.

Lo que sí conviene anotar es el detalle de que cuando Panchita Mínguez abandonó la estancia al despertar, para introducirse en el cuarto de baño, tuvo que permanecer allí más de una hora reparando los desperfectos causados en su integridad, y al volver a la alcoba, donde habían quedado Morales y Urgellés, escuchó al comediante, que decía a Carlitos:

—¿Te has convencido de que todo es compatible en este mundo?...

IV

Guadalupe tiró el periódico sobre la mesa, pasóse la mano por la frente, como para ahuyentar una idea pecaminosa, y dirigióse a la pianola para engañar la impaciencia que la consumía.

Había convenido con Jacinto Morales en que éste la avisaría por teléfono concluído el ensayo, para reunirse en la coquetona bombonera del actor; pero el tiempo corría, la hora de la función de tarde se aproximaba y el amante de la cordobesa no telefoneaba ni siquiera para ofrecer una galante excusa.

Comparando la Montoya el desvío que Jacinto exteriorizaba actualmente con el frenesí manifestado al comienzo del idilio, le asaltaron unas horribles ganas de arrojarse por



el balcón; pero optó por escoger un rollo de su agrado y se puso a interpretarlo en la pianola, mientras se embelesaba en el recuerdo de las pasadas fechorías de su amante.

Una tarde en que la ex cancionista acudió a la bombonera de Jacinto con ánimo de sacrificar ante el dios Eros, oyó decir a su adorado, que la despojaba de la camisa:

—¿Has visto lo que tengo en esa caja blanca que hay sobre la mesilla de noche?

—No—contestó la Montoya.

—Pues míralo—ordenó el comediante.

Guadalupe, desnuda y curiosa, acercóse al lugar indicado, destapó la caja blanca y no pudo contener un grito de sorpresa y de espanto al contemplar el contenido. Era algo indescriptible, que lo mismo podía ser un juguete obsceno que un instrumento de suplicio chino. Afectaba la forma de un *zeppelin*, y la ursulina más austera se hubiera sobreexcitado ante aquella satánica adquisición de Morales.

Presa de una gran emoción, Guadalupe

Montoya, a instancias de su amante, sacó el fantástico *zeppelin* de su guateado estuche y lo mantuvo entre las manos, con el corazón oprimido por la angustia. Sin duda el constructor del aparato no tenia idea de ciertas proporciones y había confeccionado una imitación de determinado distintivo masculino, que únicamente esgrimido por el gigante Goliath hubiera parecido adecuado.

Aquel juguete infernal despertaba en ella confusos anhelos y esperanzas tumultuosas; pero, empavorecida, renunció a acariciarlo y se tendió en el lecho junto a Morales, que también la esperaba desnudo y silencioso.

—¿De dónde te ha venido... eso?—preguntó la Montoya, apagando la luz, según su costumbre antes de romper las hostilidades.

—Lo he comprado esta mañana—contestó Jacinto.

—¡No me explico para qué! ¡Cualquiera pensaría que estabas tú más liso que una tabla!

—¡Lo he comprado como refuerzo!

—¡Pues sí que necesitas tú esas cosas!

—¡Nunca por mucho trigo es mal año!

—¡Chico, seré muy bruta, pero no te comprendo!

Al dar comienzo la ofensiva, Guadalupe Montoya debatíase en magníficos estremecimientos, que subieron de punto al presentir que el espasmo se aproximaba. Pero de pronto agitóse bruscamente, y exaltada por una repentina sospecha, exclamó:

—Jacinto..., ¿estamos solos?

—¡Claro que estamos solos, mujer!—afirmó el comediante en la oscuridad.

—Yo juraría que detrás de mí hay alguien que pretende ofenderme.

Acercóse Jacinto entonces al oído de Guadalupe y pronunció unas palabras reveladoras, que alarmaron a la ex cancionista.

—No, Jacinto, de ninguna manera. Tú me quieres matar.

—De placer, ¿por qué no? Anda, no seas payesa. Estás con un hombre civilizado que

conoce los últimos adelantos del goce a la moderna. Cállate y déjame hacer.

Guadalupe, vencida por la oratoria persuasiva de Jacinto, desechó los últimos escrúpulos, y aquella tarde experimentó la misma sensación que si hubiera sido homenajeada simultáneamente por dos amantes. Lo que al principio fué para ella motivo de sobresalto, transformóse, gracias a la sabiduría del actor, en una catarata de voluptuosidad que se precipitó sobre ella, arrastrándola al límite del placer.

Pero, desgraciadamente, aquellas inefables locuras, aquellos abominables procedimientos a que antes recurriera Jacinto para intensificar el idilio con la cordobesa, habían ido debilitándose, y sólo muy de tarde en tarde, el actor, como por compromiso, concertaba unas entrevistas que ya no tenían para la Montoya el encanto de otro tiempo.

Abstraída en sus evocaciones, Guadalupe tocaba la pianola maquinalmente y cambiaba de rollos y de músicas, sin percatarse de

lo que ejecutaba, hasta que, enfurecida, viendo que el timbre del teléfono no llamaba, cerró bruscamente la pianola, arrojó al suelo de un manotón las cajas de los rollos que había tocado y rugió mentalmente:

—¿Y para esto tiene una un amante del corazón?

V

Ajustada por el *maillot* de seda negra, que hacía resaltar el sonrosado transparente de la carne, Guadalupe Montoya, a quien cualquier poeta hubiese podido comparar con la auténtica diosa Venus, cruzó airosa y marcial entre los grupos de bañistas y curiosos, que, sentados sobre la arena, conversaban animadamente, y se lanzó intrépida al agua en medio de la general expectación. Las olas recogieron amorosamente a la torneada ex cancionista, y pronto viósela flotar abandonada a las caricias incesantes y adormecedoras del agua. Luego empezó a nadar con estudiada coquetería, casi erguida sobre las ondas que la empujaban, y con felina tra-

vesura fingía desperezarse y se extendía, colocaba los brazos en cruz y echaba la cabeza hacia detrás como en un desfallecimiento supremo. Entre la espuma surgían sus dimi-



nutos pies y los turgentes senos, que eran devorados glotonamente por las unánimes miradas.

Uno de los espectáculos cotidianos más interesantes de aquella parte de la playa barcelonesa era la aparición semidesnuda y lu-

juriante de la ex cancionista. Bajo el ardiente sol del mediodía, cuando mayor era la concurrencia en la playa, Guadalupe Montoya hacía invariablemente su aparición como una deidad fugada del Olimpo, escoltada por sus dos hijos y Susana Trucharte. Pletórica de vida y de hermosura, la célebre ex artista abandonaba su caseta de baño sin otra vestimenta que el diabólico *maillot,* tan a propósito para poner de manifiesto las escultóricas turgencias, y terminado el consabido jugueteo con las olas, provocativa y reluciente bajo un cielo inflamado por el sol estival, con el traje tan pegado al cuerpo que se advertían sus menores repliegues, volvía a cruzar la tostada arena despojándose de la gorrita impermeable para que la envolviese, como un manto, su negra y abundante cabellera rizada.

Mientras Guadalupe recomponía su *toilette* en la caseta y recogía su sombrilla para sentarse sobre la arena a leer una novela de Antonio de Hoyos o "El Caballero Audaz".

Pura, Susana y Julio correteaban por la playa, desafiando las miradas más ecuánimes, con el balanceo de las caderas y sus sonrisas alentadoras.

Tendidos en el suelo, gran número de bañistas dejábanse tostar por los rayos del sol, enfrascados en amenos diálogos. Por lo regular, los muchachos, después del remojón, solían unirse con sus novias o amigas, y unos y otras platicaban, examinando de reojo los atractivos de la parte contraria que el traje de baño permitía contemplar sin restricciones. Había bastantes pollastres que tomaban la playa como un pretexto para exhibirse en una *toilette* análoga a la del padre Adán, y que, una vez ajustados por el *maillot,* entraban en el agua sin avanzar un metro, y en seguida tornaban a la arena, donde se tumbaban en una indolente postura para escuchar las puerilidades de su novia o resistir las miradas inquisidoras de los presentes. Las señoras graves colocábanse a la sombra de las casetas; la chiquillería descen-

día hasta el mar, portando palas y cubos, y la gente joven, emparejada, entregábase a las caricias de las olas o se paseaba entre los grupos familiares. El mar besaba las arenas de las orillas con alegre susurro; una brisa suavísima refrescaba a los nadadores, y dos o tres bañistas, puestos de pie sobre sus patines, se deslizaban por el agua, sirviendo de curiosidad a algunos espectadores.

Jacinto Morales frecuentaba la playa porque gozaba de una indescriptible voluptuosidad interior examinando las desnudeces de su agrado. El afamado comediante estaba enfermo de lujuria cerebral, y con la imaginación llevaba a cabo fornicaciones exquisitas que la realidad se obstinaba en negarle. La visión de tantas desnudeces apetecibles le deparaba un especial enervamiento que le acercaba al éxtasis y provocaba en él espasmos turbulentos. Por nada del mundo hubiera renunciado a su diario paseo por la playa barcelonesa en busca de rostros atrayentes, espaldas arrogantes, brazos torneados, mus-

los gloriosos y piernas estatuarias. Gustábale sobremanera embriagarse en la contemplación de la carne desnuda y húmeda, y de buena gana, en más de una ocasión hubiera mordido a una persona de las que le excitaban. El, que vivía intoxicado por el veneno de la aventura más o menos ambigua, realizaba en la playa conquistas extraordinarias que, cuando eran descubiertas por Guadalupe, originaban el consiguiente disgusto entre los amantes.

Aquella mañana, el comediante presentóse en la playa acompañado del favorito de turno, un muchacho madrileño llamado Aurelio Salazar, cazado misteriosamente en una de las excursiones del artista por el paseo de Colón. Iba a acercarse con Aurelio a Guadalupe; pero le contuvo advertir que ésta se hallaba en compañía de Catalina Fargas, la primera actriz del teatro Hispania, y que en tono tan lacrimoso como el que empleaba en escena confesaba a la ex cancionista:

—Feliz usted que ya ha resuelto su vida

y ve su porvenir asegurado. En cambio, a mí, ¿de qué me sirve ser la más completa y aplaudida de las actrices del siglo XX, si no dispongo de otro capital que mi trabajo? Cierto que tengo la satisfacción de ser idolatrada por un genio de la literatura contemporánea como Gorgonio; pero me voy persuadiendo de que, dadas las exigencias de los tiempos actuales, más valiera que tuviese menos talento y más pesetas. Y eso que no tengo ninguna queja de él. Es un hombre que me ama fervientemente y que procura satisfacer mis menores caprichos. Ya ve usted, ahora mismo, antes de salir de casa, al enterarse de que estaba muerta de debilidad, quiso enviar al "botones" por un rosbif con patatas; pero, Guadalupe, francamente, hay momentos en que envidio a esas bribonas que tienen un amante poderoso. Me saca de quicio que haya mujeres vulgarísimas cubiertas de brillantes, y en cambio yo, que soy una de las mejores actrices de Europa, tenga que contentarme con unos pendientes de setenta duros. En fin,



no quiero seguir hablando, porque en cuanto hago bilis se me descompone el timbre de voz.

Jacinto Morales, que vagaba por la playa, descubierto por la sagaz mirada de su amante, vióse precisado a acercarse al grupo que formaban las mujeres.

—¡Caramba! ¡Usted por aquí, Catalina!

Jacinto Morales, que lucía su atavío de colegial, haciendo dengues como si acabara de cumplir diez y seis primaveras, aprisionó entre sus manos, con alocamiento infantil, la que la Fargas le ofreció, y ésta suplicó hierática:

—No me gustan, Jacinto, estas efusiones, que pueden ser mal interpretadas por la gente que nos observa. Que yo esté separada de mi marido y liada con un dramaturgo más sentimental que perro de ciego, no tiene nada que ver para que yo sea una actriz muy decente y partidaria de guardar las buenas formas.

Esto dicho, la proteica amante del ilustre

dramaturgo, sainetero, refundidor, novelista, poeta, traductor y director de la compañía en que actuaba Morales, despidióse con mayestática altivez, exclamando: "¡Hasta luego!"; y Guadalupe quedóse con su amante escuchando las arbitrariedades del hilarante actor, que dedicóse a desvariar.

—¿Qué les parece a ustedes esta prójima? ¡Más valiera que en vez de predicar moralidad se reuniera con su marido!

Y seguidamente, con atropellada elocuencia, el caramilloso actor puso en antecedentes a Aurelio Salazar de las intimidades del teatro Hispania, en donde todos, más o menos, observaban una conducta análoga a la de aquella señora tan decente que se asustaba de los saludos efusivos en la playa.

El sublime dramaturgo, sainetero, refundidor, novelista, poeta, traductor y amante de la Fargas se entendía secretamente—aunque todos lo sabían—con la damita joven, esposa del segundo galán cómico, que, a su vez, mantenía relaciones incestuosas con la

madre de su mujer. La característica, arrogante matrona de cuarenta y siete octubres, todavía en muy buen uso, no fué insensible a los hechizos del apuntador, y como la única manera de no caer en la tentación es ceder, prefirió sucumbir en los brazos de su obstinado galán, un garañón lascivo y fuerte, de treinta y dos años, que cuando la característica se acercaba a la concha le hacía cosquillas en la punta de los pies, y le levantaba traidoramente la falda para admirar la continuación de unas pantorrillas cuyo principio le causaba fiebre. Ricardo Poyales, el primer galán dramático, estaba enredado con la esposa de un literato futurista llamado Ramón Puchandréu, discípulo de Marinetti y oriundo de San Cugat de Vallés, que aspiraba a estrenar una *trilogía en cuatro actos,* titulada *La dicha del hogar,* el día del beneficio del amante de su mujer. Y a creer a Jacinto Morales, todas las mañanas el futuro autor entraba el desayuno a su esposa y a Poyales, que dormían juntos, y sentado

en el borde del lecho conyugal, mientras la edificante pareja se hinchaba de café con leche, el dramaturgo futurista leía las escenas de la obra, hilvanadas durante la noche anterior. Según Jacinto, en cierta ocasión, Ricardo Poyales había revelado al autor de *La dicha del hogar*: "Me parece que tu mujer me la está pegando", a lo cual contestó iracundo el discípulo de Marinetti: "¿Estás seguro de ello? Cuando llegue a casa, le rompo la cabeza. ¡Está visto que no se puede uno fiar de las mujeres!"

Finalmente, Jacinto Morales acabó descubriendo las trapisondas de otra de las actrices del Hispania, que reservaba su predilección para los efebos de trece a quince años, la cual, después de haber asaltado victoriosamente a los "botones" del teatro, andaba muy revuelta por causa de Julito Montoya, que algunas noches solía corretear con su hermana Pura y Susana Trucharte por los cuartos de los artistas.

—Todo eso está muy bien—interrumpió



Guadalupe, harta de oír contar a su adorado unos chismes que se sabía de memoria—; pero en vez de criticar a los demás, debías procurar no dar tema a que te criticasen a ti.

—¿Lo dices por este chico que me acompaña?—preguntó Jacinto, retirándose prudentemente de Aurelio.

—Naturalmente, hijito. ¿Te parece discreto presentarte en la playa cada día con un muchacho... como éstos que te traes?

—Este es irreprochable.

—¡Para ti, que no tienes vergüenza! —murmuró la ex cancionista, tratando de contener la tormenta que se cernía sobre la playa—. Pero te aseguro que esto se va a acabar antes de lo que tú te figuras.—Luego, en voz baja, decretó:—Desde mañana, como vuelvas por aquí con otro... mono de éstos, os echo a los dos al agua.

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó el actor, encrespado por la amenaza—. Para mí que tú tienes hoy ganas de bronca. Pero, mira, para evitarte sofocos, lo mejor es que me dé el piro.



De modo que hasta la noche..., si vas por el teatro.

El comediante cogió a Aurelio por un brazo y, sin querer oír los llamamientos de Guadalupe, abandonó la playa confesando a su último favorito:

—No me explico que haya hombres que puedan soportar a una querida más de un año. ¡Con lo bonito que es cambiar constantemente de aventura!

—Yo tampoco comprendo tu actitud—dijo Aurelio—. ¡Con lo hermosa que es Guadalupe!

—¡Sí, muy hermosa!—repitió el comediante—. Pero al fin y al cabo, como todas. ¡Queriendo abrogarse unos derechos que no tiene! ¡Pretendiendo una esclavitud, una fidelidad que no puede guardar un hombre inteligente! ¿Tú crees que nadie que tenga talento se consagra a una sola criatura? El secreto de la vida es gozar sensaciones nuevas con personas diferentes. ¡Adelante! ¡Siempre adelante, en busca de una emoción, sin

pensar en poner un límite a la sensualidad! No vivir para el placer, en cualquiera de sus manifestaciones, es vivir enterrado en vida. Suprimir las sublimes sensaciones de la carne es destruir nuestra existencia. Yo no comprendo que haya quien pueda desenvolverse sin concesiones al instinto. La lujuria es tan necesaria al ser humano como la luz del sol; la necesita para nutrirse, para hermosearse, para ser plenamente dichoso. Yo, como la Imperia de *La noche del sábado*, también deseo algunas veces volar al aquelarre, y mi alma bruja vive muchos días indiferente esperando una hora que me interesa. Para realizar algo grande en la vida, hay que destruir la realidad, como dice Benavente, apartar sus fantasmas, sus prejuicios, que nos cierran el paso; seguir como única verdad el camino de nuestros ensueños hacia lo desconocido. Unos marchan con el pensamiento fijo en la Gloria; otros, como yo, corren hacia el Placer, hacia ese Infierno de la Voluptuosidad que Guadalupe trata de

prohibirme. ¿Comprendes ahora tú por qué huyo de su lado y prefiero concederte, de momento, mi atención? Porque ella es la aventura que murió, y tú eres la aventura del instante. Ella es el pasado, y tú el porvenir. A ella me la sé de memoria, y en ti empiezo a hacer descubrimientos. Ella es la vitrina de cristal, y tú el cofre cerrado.

Aurelio Salazar escuchaba al comediante con ingenuo embeleso, como si sus palabras fueran el fundamento de una religión atrayente y desconocida, admirado de aquel mórbido influjo que ejercía Morales sobre cuantas personas le escucharan.

—Sin embargo—insistió Aurelio—, tú no eres razonable, Jacinto. ¿No es lógico que Guadalupe, mujer que está verdaderamente enamorada por ti, hasta el punto de exponer su posición, se indigne por la clase de vida que haces?

—¡Pero si no puedo hacer otra! ¡Si no soy responsable de mis actos! Yo soy un hombre inteligente y amoral, que abomina de

los prejuicios y que por verse codiciado, por sentir inquietudes invencibles, tiene que vivir forzosamente una existencia independiente. ¿Voy a dominar mi instinto, cuando es mi instinto quien me domina? ¿Voy a renunciar por ella a saciar unos anhelos perfectamente lícitos, puesto que nunca perjudican a un tercero? Yo soy una buena persona, tú lo sabes muy bien...; no tengo más defecto que *mis caprichos*, y privarme de ellos sería hacerme infeliz. ¿Por qué se me va a negar el derecho a ser feliz, si con mi dicha no causo mal a nadie? Sufro el veneno de la aventura, soy inconstante, frívolo; pero como todo el mundo lo sabe, nadie puede declararse engañado.

—Pero hay razonamientos que a una mujer enamorada no se le pueden hacer nunca.

—¿Por qué no? Guadalupe, que ha hecho vida galante, engañando sistemáticamente al amante de turno, debiera comprenderlo mejor que ninguna. Además, yo soy artista, y todos los artistas tenemos algo de cortesa-

nas. Huimos maquinalmente de la regularidad, de la virtud, quizá porque el Arte nos desequilibra y desmoraliza.

—Lo que se censura en ti es el cinismo con que aderezas tus aventuras.

—Esa es mi venganza contra la sociedad que empezó a condenarme cuando yo era discreto. Hubo una época en que yo llevaba mis depravaciones con una dignidad acreedora al respeto. Y, sin embargo, no me lo concedieron. Ahora soy el más ferviente apóstol de *eso* que no quisieron perdonarme. Y gano prosélitos para una religión que, después de todo, es muy sugestiva y agradable.

—A costa de tu reputación.

—La buena fama sólo es conveniente para las gentes mediocres. Cuando un hombre no puede ser otra cosa, es moral; de igual manera que cuando una mujer no inspira deseos, se hace virtuosa.

—Si todo el mundo pensara como tú, llegaríamos al caos.

—Tampoco pretendo convertir a mi cau-

sa a todo el mundo. Sólo aspiro a que piensen conmigo las personas de mi agrado.

Y hasta que llegaron al paseo de Colón, pasajeros en una "golondrina", Jacinto Morales prosiguió infatigable en su propósito de aumentar la inquietud que despertaba en el último favorito.

VI

Desde que la polilla del aburrimiento había picado en la pasión del comediante por la ex cancionista, y ésta se percató del cansancio de Jacinto, entregóse a la más profunda desesperación, más o menos hábilmente disimulada.

Realmente, Jacinto Morales había sido la primera ilusión desinteresada de la cordobesa, y la había aprisionado en el instante más peligroso de su vida: cuando su belleza empezaba a decaer, obligada por el crepúsculo, y no podía contar con ella como con un filtro para enloquecer a su adorado.

Jacinto había sido para Guadalupe la revelación de un mundo desconocido de ternu-



ras sin truco y de espasmos sin artificio. Cuando lo estrechó contra su pecho, no lo hizo guiada por el afán del lucro, y cuando se entregó a él, hirviente de deseos, no fué por mejorar el porvenir de sus hijos. Unió a ambos el anhelo febril de saciar la común voluptuosidad, y en sus extravíos no intervino el cálculo para nada. Ella experimentaba sensaciones jamás sentidas, y él hallaba una virginidad espiritual que exacerbaba sus sentidos. Pero aquellos tumultuosos festines eróticos en que los dos no se privaron de ningún manjar condimentado por el dios del Deleite, fueron quedándose reducidos a modestísimas meriendas que no calmaban el apetito de la ex cancionista. Guadalupe sentía hambre y sed del goce de Jacinto; pero éste, en cambio, exteriorizaba un empacho que desolaba a la Montoya.

—¡Y pensar que una mujer de mi postín se halle supeditada a un fantoche de este modo!—había exclamado la cordobesa en más de una ocasión.

Pero aquellas frases y otras más agrias para la reputación del comediante no amortiguaban la locura de Guadalupe, que seguía obsesionada por el amor del endiablado Jacinto, que, con su frialdad, sólo conseguía encalabrinar más eficazmente a su querida.

Primeramente el falso menor acusó un desvío con una corrección académica; pero luego la Montoya tuvo que soportar toda clase de vejaciones e impertinencias diplomáticas. El comediante faltaba a las citas de Guadalupe con cínica frecuencia, y cuando ella le reprochaba su informalidad, Jacinto respondía, insolente, con una excusa de mal gusto, que ella dejaba impune por miedo a perderle. Tenía tanta necesidad de su amante, que cedía; cobarde y temerosa de provocar la ruptura total; y como a cada beso se imaginaba verse abandonada, cuando la tenía entre sus brazos arrojábase con furia al abismo sin fin de las caricias.

El seudoadolescente, frívolo y caprichoso, esforzábase, por cuantos medios disponía, en

destruir aquel idilio empalagoso y absorbente, y Guadalupe se extrañaba de la facilidad con que habían desaparecido besos y abrazos. Espantábase de que la dicha fuese tan efímera, y sus ojos se arrasaban en lágrimas cuando él la revelaba que la felicidad no se encuentra sino para hacer la vida más triste por la brevedad de su reinado y lo impensadamente que nos abandona.

Y cuando más se desligaba el comediante de la ex cancionista, más se obcecaba ella en aferrarse a él. Lágrimas, palideces, injurias y rabietas sustituyeron a la inefable felicidad que había huído para no volver, y ámbos experimentaron las torturas y las miserias de la pasión que se extingue.

Guadalupe Montoya, en su inquietud, dióse a la cartomancia, y pasábase los días en el gabinete de una pitonisa, pretendiendo hallar en el lenguaje de los naipes un lenitivo a su pesar. Guadalupe, como andaluza, era mujer supersticiosa, y confiaba en los consejos de la embaucadora, que la había prometido un ta-



lismán que sojuzgara al rebelde, indudablemente avasallado por alguna pasión nueva. Aquellas palabras de la pitonisa indujeron a la Montoya a dirigirse contra Panchita Mínguez, en belicosa actitud, y sobrevino entre ellas un escándalo refrescante que degeneró en colisión. Pero o la agorera mentía, o a Jacinto Morales no le importaba mayormente la cubanita, por cuanto al enterarse del suceso exclamó, con sonrisa enigmática:

—¡Arreglada está Guadalupe si se cree que la causa de mi desvío es Panchita Mínguez!

Una noche en que Jacinto Morales, a la conclusión del primer acto de *Toby*, salió precipitadamente del escenario del teatro Hispania para introducirse en su camerino, vióse favorecido por la visita de Guadalupe Montoya, que se presentaba trémula y descompuesta.

—¿Te pasa algo, chiquilla?—fueron las primeras palabras del comediante—. Traes muy mala cara.



—Pues peor traigo las intenciones—afirmó ella, cerrando con llave la puerta de la estancia.

—Conque ¿vienes en trágico?—preguntó él, queriendo evitar una escena violenta. Luego, sonriente, continuó:—Procura serenarte, no sea que te sofoques y te den las viruelas.

—Te advierto que hoy no estoy para bromas—aseguró ella, recostándose en la puerta como guardando la salida.

—¡En cambio, yo no puedo estar de mejor humor!—dijo él, algo intranquilo—. Me acaban de aplaudir frenéticamente en el primer acto, y espero que me aplaudan más en el segundo...

—¡Será si sales!—rectificó ella, desafiante.

Jacinto, que se había percatado de que Guadalupe venía en plan guerrero, tornóse dulce y cariñoso, y exclamó, acercándose a ella para conjurar la catástrofe:

—Claro que saldré, ¡vidita mía! Por supuesto, si tú me das permiso. Ahora, que si prefieres que yo me quede aquí contigo, me

quedaré, encantado, hasta el día del Juicio final.

—Jacinto, déjate de bromas, y vamos a hablar en serio—propuso la Montoya.

—Empieza cuando quieras—indicó él.

—Comprenderás—empezó Guadalupe solemnemente—que este estado de cosas no puede continuar. Tú has cambiado para conmigo de una manera cruel, y bien sabe Dios que yo no he puesto nada de mi parte para que tú procedas de este modo. Yo te quiero hoy más que nunca, y una palabra tuya bastaría para separarme del hombre a quien tanto debo. He soportado tus humillaciones y tus injusticias, en la creencia de que eras víctima de una momentánea ofuscación; pero ya, convencida de que toda mi paciencia y mi resignación sólo sirven para que tú te envalentones y te recrees en amargarme la existencia, me he propuesto acabar de una vez con esta situación. Necesito que me digas terminantemente los motivos en que te fundas para alejarte de mi lado y por qué razón te

has puesto en esa forma intolerable. ¿Qué has visto en mí que justifique tu desvío? ¿No te he tolerado tus "chulitos" y tus "furcias", haciendo toda clase de sacrificios, y no me he expuesto inclúso hasta quedarme sin Verdaguer por tu causa? Si hasta hace poco eras feliz a mi lado, ¿por qué te niegas ahora a continuar siéndolo? Di, Jacinto, ¿por qué te niegas?

Aquellas quejas, matizadas con dolorosa entonación, no conmovieron a Morales, que, ante el espejo, corregía con la barrita de carbón el arco de una de sus cejas. Y después de una corta pausa, en que ambos se miraron con fijeza, exclamó el comediante:

—Parece mentira que una mujer sensata como tú pregunte a un hombre las razones en que se funda para alejarse de ella. ¡Me separo de ti porque ya no me interesas! Te he querido fervientemente, y eso, mejor que yo, lo sabes tú; pero hoy se ha muerto mi ilusión, y ¿qué quieres que yo haga? ¿Sabe nadie cómo nace el amor? ¿Sabe nadie por qué



viene el hastío? Yo, cuando me lié contigo, soñé que nuestro idilio durase toda la vida; pero la realidad se ha encargado de frustrar mis buenos propósitos. Si tú fueses una mujer razonable, procurarías curarte de esa obsesión absurda, en lugar de aumentarla cada día más. En amor, todo está roto desde el momento en que uno de los dos amantes ha pensado en la ruptura. Créeme, Guadalupe: se rehace una gran fortuna, pero no se rehace el amor. Nuestro idilio ha tocado a su fin, y sólo te resta conformarte con la fuerza de las circunstancias.

—¡Es que no me conformaré!—rugió la cordobesa con acento de leona del desierto—. Yo no puedo estar a merced del primer hombre que me robe el corazón y luego se marche tranquilamente diciéndome que se ha cansado de mí. Si tú te has fatigado de quererme, te aguardas a que yo me fatigue de quererte a ti. Y escucha bien lo que voy a decirte: no se te pase por la imaginación la idea de que vas a burlarte de mí. Hasta aho-

ra me has conocido "en fino"; pero ¡ya puedes prepararte para el día en que yo me sienta "flamenca"!...

—¡Bueno, chica!—interrumpió Morales—. Si prosigues por ese camino, no llegaremos a entendernos. Haz el favor de cambiar de disco, y otro día continuarás, porque ahora voy a salir a escena. Ya ha sonado el timbre dos veces.

—¡Pues como si no hubiera sonado!—proclamó Guadalupe, con energía que hasta entonces no había manifestado frente a Jacinto—. De aquí no sales mientras no quede definida nuestra situación.

—Pero, mujer, ¡si está bien definida!—dijo Morales, empezando a perder la calma—. Tú eres una mujer que tratas de aferrarte estúpidamente a una pasión ridícula, y yo soy un señor a quien ya no interesa esa pasión. ¿Voy a quererte por la fuerza?

—¡Qué remedio te queda!—decretó furibunda la Montoya—. ¡Yo no quería que hu-

biera llegado este momento; pero puesto que tú lo buscas, mira de lo que soy capaz!

Y antes de que Jacinto pudiera evitarlo, la enfurecida ex cancionista empuñó un diminuto revólver que guardaba en su portamonedas y, apuntando a su amante, disparó dos tiros, que produjeron en el teatro la alarma consiguiente. La Montoya, ciega de rabia y de ira, y dominada por la emoción del trance, cayó desplomada en el diván del "camerino", y Jacinto Morales, que, naturalmente, no había sido alcanzado por ninguno de los proyectiles, comprendiendo la gravedad del acto de su querida, que podía comprometer tan seriamente al uno como al otro, abrió la puerta del cuarto y suplicó a los compañeros que se agolpaban en los pasillos:

—¡No asustarse, que no ha pasado nada! He sido yo, que examinando un revólver que creía descargado, he dejado escapar dos tiros. Atiendan ustedes a Guadalupe, que se ha desmayado de la impresión.

Guadalupe yacía en el diván con las sienes recorridas por un sudor frío, y los ojos abiertos en terrible inmovilidad. Su corazón latía aceleradamente, y apenas se daba cuenta de cuanto sucedía a su alrededor. Creía firmemente haber herido a su amante, y su primer cuidado cuando recobró el uso de la palabra fué preguntar por Jacinto. Guadalupe esperaba que le dijeran que Morales había sido conducido agonizante a la Casa de Socorro más próxima, y sólo aguardaba aquella noticia para levantarse rápidamente, soltarse el pelo a la manera de Lucía Lammermor en el momento de volverse loca por Edgardo, y correr hacia las Ramblas confesando, arrepentida y plañidera, que Jacinto era el único hombre a quien había amado y deseado en su vida, que era el más transitable de los galanes y el inconcuso ciudadano por quien deseaba morir si los discípulos de Galeno o Hipócrates no le salvaban de la Parca. Hasta hubiese pedido a voces que los enterrasen

juntos en la misma caja, a ser posible, uno encima del otro, para diferenciarse en algo de los amantes de Teruel.

En el crepúsculo de su existencia, la Montoya perdía la noción de las cosas, envenenada por la intensidad de una pasión tardía, y, olvidándose de sus hijos, del bienestar alcanzado merced a Verdaguer, de sus compromisos con la sociedad y de cuanto la obligaba a comportarse dignamente, no vacilaba en promover un escándalo bochornoso, que sería antes de veinticuatro horas la comidilla de la Ciudad Condal.

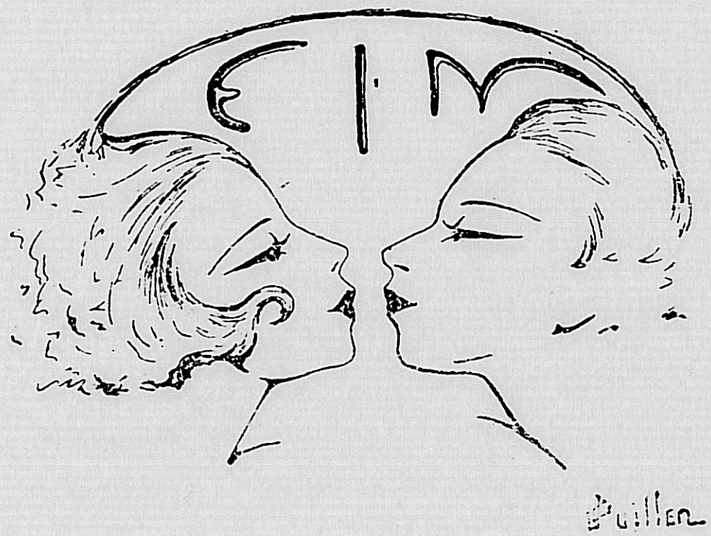
Pero, apenas se hubo enterado de que el actor estaba ileso, trabajando en el segundo acto de *Toby,* lejos de alegrarse, montó en terrible cólera, que acabó degenerando en decepción. Su espíritu pasó vertiginosamente de la indignación más agresiva al desencanto más profundo, y cesó de invadirla el sudor frío; sus ojos adquirieron la habitual gachonería, y el corazón volvió a latir con norma-

lidad. La reflexión tornó a su mente, y entonces comprendió la situación grotesca en que quedaba a los ojos de su amante. A pesar de su inteligencia y de su prestigio de mundana, se había conducido como una vulgar modistilla atacada de celos, y sintió una inmensa pena interior por el fracaso moral que esto significaba. La tragedia había concluído en sainete, y por decoro debía acogerse al célebre aforismo de Napoleón: "En las luchas del amor, la única victoria consiste en huir."

Pero antes de emprender la fuga creyó oportuno despedirse de su amante, y no encontró una fórmula más cancilleresca y personal que situarse en la puerta del escenario, y cuando Jacinto Morales, finalizadas sus tareas del segundo acto, surgió ante ella, Guadalupe le propinó dos sonoras bofetadas, que hicieron pensar a cuantos las oyeron que el revólver del comediante se había disparado nuevamente.

Y así, de una manera tan plebeya, concluyó aquel idilio espiritual, absorbente y aristocrático, de Jacinto Morales y una "furcia" gloriosa en el crepúsculo.

Alvaro Retana



EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

EL PALOMAR

POR

JOAQUIN BELDA

o o o

ILUSTRACIONES DE
DEMETRIO

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		**Extranjero:**	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

LA NOVELA DE NOCHE



SUCE.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.